

Después del invierno

ebher castillo cadillo

Image not found.

Capítulo 1

Después del invierno

No debí venir aquí, los parques siempre me conducen a llorar desconsoladamente y no acordarme hasta la madrugada, cuando las luces de la patrulla acaban por despertarme. Y desde luego, no logro comprender por qué lo hago. Simplemente sé que después llego a casa con una pizza en manos, sin una constipación y rasguño alguno. Carla, algo desconcertada, termina abriéndome la puerta y, como siempre, bajo el denso amanecer del barrio de Belén, refunfuña preocupada: «Zoe, debes de tomar tus pastillas antes de salir, ¿está bien?», y yo cumplía con eso.

Ahora que llevo media hora aquí sobre la banca, tengo la cruda certeza de que Claudio no vendrá y mi ser se volverá más intolerante al igual que el clima, o quizá mucho más. En algún momento pensé que me amaba, ahora ya no. Sólo sé que no es por él por el cuallloro siempre, sino es una cuestión fiel a mi quimera.

Algo dentro mío, algo muy mío. Irremediablemente, el solo pensar en todo lo que tuve que gastar y todo lo que demoré para tener este cabello cepillado, el rostro espolvoreado y los labios brillosos, siento desvanecerme. Así llegase no le tomaría la palabra, le reprocharía por tocarme a toda noche sosteniéndome entre sus muslos y no importarle mis lágrimas manchando mi suéter tan pegado sobre mi cintura y mis pechos. Así como quejarse siempre de mi tic nervioso, desfachatadamente. Si llegara le diría: «Lo nuestro se acabó». Sería perfecto.

— ¿Siempre haces esto? —alguien me sorprende desde la calzada, entumece su boina negra y me encanta su torpe caminar.

— ¿Hacer qué? —contesto—. ¿Eres especialista de la psique o algo así? —añado de pronto y me siento rara.

Intuyo que sabe mucho de mí. Pero no sé si observe mi llanto. Calculo que no pasa de los cuarenta. Yo me anticipo, si llega a preguntarme le diré que no paso los veinte. Me creará. Sobre todo, aquí, bajo las frondosas matas de la arboleda. uego, inexorablemente, no logro comprender cómo ha llegado a diluirse; paso mis manos sobre el cabello y volteo repetidas veces a responder a esta quizá ilusión de invierno. No veo a nadie, nadie llega a parecerse a él. Vuelvo al asiento y creo oportuno encender un cigarrillo, no me queda ninguno. «¡Eso no te ayudará en nada, Zoe!», recuerdo la voz de mi madre, me viene igual. Sólo deseo que el chico de rostro amarillo y zapatillas desgastadas apareciera ahora con su risita estúpida: ¡Cigarros, chicles...! Lo necesito urgente. Pero ahora recuerdo lo

que me dijo la otra noche: «Si todo sale bien en el hospital con mi madre, mañana no vendré». Son más de las siete y juro que no vendrá.

Camino más relajada ahora que me alejo del parque, me limpio las lágrimas y veo el cielo arrojarse de nubarrones. De pronto un legionario de perros pasa por mi lado y juro que se me eriza la piel. Un miedo a que me arranchen el hueso que llevo para Niki, mi gata. Al acercarme a la segunda cuadra veo las luces reflejándose en las vitrinas, pienso en volver a la pista, pero quedo encantada con los vestidos de novia: blancos, rosas, lilas, azules; todos los colores, todos espléndidos.

—Pensé que ya no te encontraría, —una alejada voz se aclara y finjo no oírlo— perdón por dejarte así —. Continúa y llego a ver al mismo tipo del parque subido en un auto. Me alegro, no sé por qué.

—Fui al estacionamiento, pretendían confiscar mi auto —se excusa y llega a mí atravesando la acera— ¿Ya cenaste? —. Cambia intempestivo de tema.

—Todavía —contesto al instante escondiendo mi bolso.

—Ven, súbete, conozco un restaurant fabuloso —yo asiento.

Subimos un tramo largo y nos reclinamos dentro de un restaurant algo elegante. pide algo ligero y yo también. Entre copas de vino y champán me revela ser escritor. Eso me gusta, sobre todo su mentón, el único lugar donde lleva barba.

No tardamos mucho y salimos. Damos algunas vueltas y termina observándome:

—Mm... te queda bien el laceado; también el cerquillo y el lazo.

Le agradezco por el cumplido y creo olvidarme de Claudio.

—Y ahora, ¿adónde vamos? —digo inoportunamente.

—No lo sé, si quieres te llevo a tu casa —logra responderme.

—No, a mi casa no —él frunce el rostro y parece preguntarme por qué.
—Siempre me obligan a tomar pastillas, no lo soporto.

—Bueno, por hoy me hospedaré en algún motel, ¿me acompañas?

—Sí, claro que sí —me siento animosa.

Ingresamos a la habitación, sitúa el vino Ribera del Duero junto a dos copas y luego nos desvestimos. Pronto me confiesa que siempre me veía

desde el bar de enfrente llorando sobre el parque y no había hallado otra ocasión para hablarme como hoy. De mi parte, yo le agradezco. Me regocijo entre sus brazos, ya no pienso en Claudio, ya no pienso en Carla. No lo sé, pero la noche parece aletargarse; entre un auspicioso dormitar logro despertar bajo una enmarañada de sábanas manchadas por el vino; y a Félix, como dijo llamarse, no lo hallo por ningún lado, solo mi bolso, y sobre ella, mi receta: Dos risperidonas por la mañana y un biperideno por la noche. Inmediatamente me pongo a llorar desconsoladamente, y desde luego, no logro comprender por qué lo hago.